

Carta sobre la táctica de la Oposición. (a Krestinsky o Antonov-Ovseenko China declaración 84)

León Trotsky
12 de agosto de 1927

(Versión al castellano de Vicent Blat desde L. Trotsky, *The challenge of Left Oposition (1926-1927)*, páginas 381-384, Pathfinder Press, Nueva York, 1980, fuente en la biblioteca del Harvard College; también para esta entrada: la carpeta que contenía el manuscrito mecanografiado de esta carta llevaba una nota de Trotsky: “Creo que esta carta fue escrita a Krestinsky a Berlín (¿o a Antonov-Ovseenko?)”, quien también ocupaba un puesto diplomático (en Praga). La “filosofía filisteo y vulgar” que Trotsky parafrasea más abajo, en la página 2, era compartida por algunos de los opositores, en particular entre los zinovistas, que tendían a dar mucho crédito a las declaraciones conciliadoras y a esperar que los problemas se calmaran si mantenían un perfil bajo. Tanto Krestinsky como Antonov-Ovseenko capitularon ante Stalin poco después del XV Congreso.)

Querido amigo,

Su carta me ha sorprendido y entristecido, y los informes de los camaradas que le han visitado lo han hecho aún más. El aislamiento siempre pasa factura.

Usted escribe que la “Declaración de los Ochenta y Cuatro”¹ no debería haberse presentado. En su opinión, el momento elegido fue incorrecto, que creó tensiones, etcétera, etcétera. Los camaradas que propusieron la idea de presentar una declaración firmada colectivamente se encontraron al principio con objeciones aquí, dentro del país, más o menos del mismo orden que las que usted plantea. El número de quienes se opusieron fue considerable. Hoy en día no queda ni un solo camarada que niegue que la declaración colectiva fue oportuna, y en el más alto grado; que fortaleció enormemente a la Oposición y, de ese modo, suavizó el golpe que la fracción de Stalin se disponía a asestarle. Esto lo confirman no solo las implicaciones de los acontecimientos que han tenido lugar desde entonces, sino también la información de primera mano que hemos recibido del otro bando. Intente reevaluar este punto y llegará a replantearse varios de sus otros argumentos.

Las relaciones se volvieron muy tensas, no a causa de uno u otro paso “imprudente”, sino por el repentino afloramiento de diferencias muy profundas sobre los acontecimientos de la revolución china. El día del golpe de estado de Chiang Kai-shek, que habíamos predicho, dijimos: “Stalin se verá obligado a intensificar diez veces su lucha contra la Oposición”. ¿Cómo se podría haber evitado esto? Solo de una manera: callándonos ante los errores que se estaban cometiendo o minimizándolos, sin remontarnos a su origen: la línea puramente menchevique. Pero eso habría sido el camino de la traición ideológica. Si uno quiere cumplir con su deber y llamar a las cosas por su nombre, la cuestión del “tono” pasa a un segundo plano. Por último, incluso en lo que respecta a la cuestión del “tono”, la verdad es que no cometimos ningún exceso. Fueron precisamente la profundidad e intensidad de las diferencias sobre China y el Comité Anglo-Ruso las que llevaron a Stalin a la idea de aplastar a la cúpula de la Oposición lo antes posible. La declaración colectiva repartió el peso de la responsabilidad entre muchos más hombros y, solo por eso, ayudó a suavizar el golpe.

La clave de las cuestiones internas del partido, en este caso como en todos los demás, es la línea de clase. Si tenía usted dudas sobre la cuestión china o sobre el Comité Anglo-Ruso, sería otra cosa. Pero no quiero pensar, ni siquiera por un momento, que pueda usted albergar dudas sobre esas dos cuestiones. En toda la historia del bolchevismo apenas se podría encontrar un ejemplo en el que los acontecimientos revelaran tan rápidamente la incorrección al 100 % de una línea (la de los estalinistas) y la corrección de la otra (la nuestra).

Algunos camaradas argumentan lo siguiente: el régimen interno del partido es definitivamente intolerable; en cuanto a las demás cuestiones, aún tenemos que debatirlas.

¹ “Declaración de los ochenta y cuatro...”, en esta misma serie de nuestras EIS.

El régimen interno se considera como algo separado de sí mismo. Uno se pregunta: ¿por qué es malo el régimen? ¿Es por la desagradable personalidad de Stalin? No, el régimen del partido es una función de la línea política. Precisamente porque Stalin lo apuesta todo a Chiang Kai-shek y Purcell, al burócrata y a las capas superiores del campo, etc., se ve obligado a llevar a cabo sus políticas, no apoyándose en la mente y la voluntad de la vanguardia proletaria, sino reprimiendo a la vanguardia con métodos del aparato administrativo, reflejando y refractando así la presión de otras clases sobre el proletariado. Esa es la explicación de la lucha frenética contra la Oposición, porque esta se resiste y combate esa presión de clase hostil.

Existe una filosofía vulgar y filisteica que dice que, si no se “crean tensiones”, no se provocan olas, sino que se guarda silencio, se permanece al margen y se espera, las cosas se resolverán por sí solas. Esta filosofía no lleva a ninguna parte. Lo fundamental es mantener la continuidad en el desarrollo del pensamiento del partido revolucionario, formar cuadros revolucionarios que demuestren ser capaces de aplicar las políticas que exijan las circunstancias que surjan. A menos que hagamos eso, los errores de Stalin y la desintegración de su grupo solo podrían significar un mayor deslizamiento hacia la derecha en la vida política del país. Ese es el camino de Termidor, es decir, una situación en la que se produce un cambio de clase en la sede del poder, no mediante la sustitución de un partido por otro, sino a través de una reorganización de los elementos dentro de un mismo partido. Este es el camino de la escisión y del desastre para la revolución. A este desenlace (que no es en absoluto necesario ni inevitable) no se le puede hacer frente de forma pasiva, con una actitud de espera y de ver qué pasa, sino únicamente mediante un análisis marxista intransigente de todos los procesos en curso en el país y en el partido, mediante una crítica implacable de las políticas de retroceso de la dirección y mediante la formación de nuevos cuadros para mantener la continuidad de la tradición bolchevique; en otras palabras, precisamente lo que la Oposición está haciendo ahora.

No se puede decidir primero la cuestión del tono, o la intensidad y el ritmo de la lucha, y luego adaptar la línea política a estas consideraciones. Por supuesto, la cuestión de con qué dureza hay que hablar en el CECI o en un pleno del comité central es muy seria e importante. Pero solo tiene sentido debatir sobre tales cuestiones si se ha llegado a un acuerdo firme sobre la línea básica. El más mínimo encubrimiento de la profundidad de las diferencias sobre cuestiones fundamentales de política interna y de política de la Comintern sería un crimen, supondría un retroceso hacia los renegados, significaría la liquidación del partido y la preparación para una escisión en el futuro. Al mismo tiempo, allanaría el camino para la caída de la revolución de octubre.

Son absolutamente inevitables nuevas reestructuraciones dentro del partido (y muy profundas, además). Se producirán una serie de duros golpes por parte de la derecha. Si la Oposición mantiene una línea firme, la diferenciación dentro de las filas del partido se acelerará, con los elementos proletarios desplazándose hacia la izquierda. Los elementos proletarios del partido serán decisivos. Solo ese tipo de diferenciación puede garantizar la unidad sobre una base revolucionaria. Cualquier otra forma de luchar por la unidad del partido sería ilusoria, errónea y no bolchevique.

Estoy absolutamente convencido de que, si viniera usted aquí durante una o dos semanas y se familiarizara con la situación real del partido, vería que la política que estamos siguiendo ahora es la única posible.

Edicions Internacionals Sedov
Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas)



germinal_1917@yahoo.es